

Un ideal para nuestra vida

POR ALBERTO MASFERRER

[Leído al inaugurarse una Escuela Nocturna de artesanos].

UNA tarde, en alta mar, a los últimos rayos que el sol tendía sobre las olas azuladas, vi pasar un enjambre de peces voladores. Surgían del agua como pequeñas saetas disparadas de algún potente arco; volaban, despidiendo centellas de sus escamas brilladoras, e iban a caer allá, a lo lejos, desgarrando las ondas, como si del cielo lanzaran sobre el mar una lluvia de flechas argentadas.

Aquellos peces me enseñaron una emocionante lección. Nunca, ni en los mejores libros que hablan del poderío de la voluntad, ni en obra alguna de arte donde se pondere el amor a elevarse y a perfeccionarse, comprendí como entonces, el anhelo de luz, el ardiente deseo que todas las criaturas sienten de realzar su naturaleza; de alcanzar una vida más noble, más consciente, más compenetrada con el bien y con la verdad.

Sí! hasta la pobre y repulsiva mosca que os importuna con su monótono zumbido, os diría, si fuerais capaces de entenderle, que ella también suspira por convertirse en mariposa; y en la estridente voz de la rana, oírías balbucir esta melancólica frase:... ¡quién pudiera cantar como una alondra! ¡una vez siquiera, y luego morir!...

En las lluviosas y tristes noches de agosto, la invisible luciérnaga se nos hace presente con sus pasajeros fulgores: un instante, tan sólo un instante, ella, la imperceptible, la oscura, se torna luminosa, y nos dice: ¡mirad, hay en mí una pequeña estrella; ayudadme, ayudadme, y veréis cómo ya nunca dejaré de alumbrar!

Y también nosotros, también los hombres llevamos oculta una luz: también entre el afanoso trabajo de nuestra vida diaria y vulgar, puede escucharse el canto de una alondra; también

cada uno de nosotros, pobre oruga, pudiera cambiarse en mariposa; también como aquellos pecesitos, podemos surgir, y elevarnos por sobre las ondas, y brillar como ellos a los dorados reflejos del sol, y declarar ante el Universo que tenemos unas alas en germen, y queremos volar!...

*

VED aquí, ahora, a estos trabajadores que se disponen a convertir su cansancio en actividad, a emplear sus horas de reposo en los afanes del estudio. Anhelosos de luz, anhelosos de vuelo, anhelosos de canto, anhelosos de mostrar el oro escondido de sus vidas, hasta hoy silenciosas y oscuras, vienen a nosotros, y como la luciérnaga nos dicen: ¡ayudadnos! para que la pequeña estrella que hay en nuestras almas fulgure con esplendor que no se apague!...

Según mis fuerzas, responderé a esa voz, ofreciendo a estos hombres lo que más necesitan: una orientación, un punto de mira en el momento de emprender la jornada.

*

AMIGOS, el tesoro de los que viajan es la brújula: que andéis por los desiertos o en los mares, nada os será de más consuelo y fortaleza que esa sensible aguja; ese imán fiel y pertinaz que mira siempre al norte. Es una cosa, al parecer, insignificante (la máquina más sencilla y vulgar tiene más piezas y más complicados movimientos): una aguja que gira sobre un eje y marca siempre el mismo rumbo.

Pues bien, os digo, ciertamente, que toda vida sin orientación carece de interés; que toda inteligencia sin un punto de mira será nula o dañosa, y que toda la ciencia que podáis adquirir, no os hará más felices, ni mejores, ni más útiles, si no está subordinada a un designio elevado; regido por lo que se llama *un ideal*.

Pensad en esto y respondedme: ¿por qué queréis instruirlos? ¿Qué pensáis hacer de vuestra aritmética, de vuestra gramática, de vuestra contabilidad?

El saber, por sí solo, no es un elemento de dicha ni de bondad: hasta diré que es un elemento de infelicidad, de perversión y de ruina. Ved, si no: ¿quién nos encarece la vida, día por día, hasta el punto de que el maíz, un serrucho, un trozo de manta lleguen a ser inaccesibles para muchos? Gente que sabe demasiada aritmética. ¿Quién

eleva incesantemente los impuestos, los derechos aduaneros, las contribuciones de toda clase? Gente que sobresale en contabilidad. ¿Quién nos engaña y nos seduce, por medio de la prensa, lanzándonos a guerras torpes e injustas; a revoluciones insensatas; induciéndonos a modas y costumbres ruinosas y absurdas; falseando los sucesos, y ocultándonos la verdadera causa de nuestros males? Gente que escribe con mucha gramática y retórica. ¿Quién nos administra una justicia que jamás cae sobre los poderosos y pesa siempre sobre los que no tienen influencias ni dinero? Gente muy docta en jurisprudencia.

Y en cuanto a felicidad personal ¿quién está más descontento de la vida; quién padece más inquietudes, hastíos, zozobras, desalientos, incertidumbres y tinieblas que esos hombres que, después de escudriñar todo, repiten, suspirando, aquellos versos de Juan Diéguez: «¡oh qué dicha, qué dicha es no pensar!...»?

Goethe nos revela también esa esterilidad del saber para los hombres que carecen de un ideal, en aquellas sombrías palabras de Fausto: «Física, Metafísica, Derecho: Medicina también, y Teología... todo lo sé; ¡ay de mí!... y ya están secas todas las fuentes de mi vida!»...

No, la ciencia, si no está orientada en un sentido generoso, si no está al servicio de un ideal, no hace a los hombres ni más dichosos ni más buenos, sino más infelices y más perversos.

Y bien, preguntarán ¿qué es un ideal? ¿Cómo se encuentra y cómo se le sirve?

«Nada es más barato que los ideales», dice William James, y en efecto, pocas palabras han sufrido tantas profanaciones. Los ambiciosos fracasados: los que ansían derrochar dinero y no lo tienen; los vanidosos que no han logrado figurar, nos hablan quejumbrosos de que no han podido realizar sus ideales. Para otros, un ideal es algo así como un sueño, una quimera, o el producto del ajeno, de la morfina, del opio o del tabaco. Para otros, en fin, se trata de un propósito que exige terribles y constantes sacrificios

VENDEMOS

Abraham Valdelomar: <i>Los Hijos del Sol</i> . (Cuentos Incaicos) Lima, 1921.....	4.00
Luis M. Drago: <i>Los hombres de presa</i> . Buenos Aires, 1921.....	3.00
Arturo Boria: <i>La flauta de onix</i> . Quito, 1920.....	2.25

Al ADR. del REPERTORIO.

EL CONVIVIO

ULTIMAS EDICIONES

M. Magallanes Moure: *Florilegio*. Con prólogo de Pedro Prado, 134 páginas en octavo y dos grabados. 0.50 oro am.
Isaías Gamboa: *Flores de Otoño* y otras poesías. 184 páginas en octavo y dos grabados. 0.75 » »

EN PRENSA:

Juana de Ibarbourou: *El Cantaro fresco*.
Oscar Wilde: *De Profundis*.

y que sólo pueden concebir y perseguir los santos y los héroes.

A mi parecer, un ideal puede ser siempre claro, concreto, amable, práctico, generador de felicidad para quien le sirve, y de beneficios para los demás.

Los ideales son diversos según los individuos, según la edad, según los conocimientos: el de hoy, contrario al de ayer; el mío, opuesto al de mi amigo; no se parecen sino en que todos nacen de una misma fuente, que es el amor a nuestros semejantes, y en que viven y prosperan nutriéndose con un mismo alimento, que es la sinceridad.

Hay en cada uno de nosotros, dice Max. Nordau, además de la conciencia individual, o instinto egoísta, que determina los actos conducentes a nuestra dicha personal, una conciencia colectiva, o instinto altruísta, que determina los actos conducentes a la conservación y la felicidad de la especie. De esos dos instintos, contrarios sólo en apariencia, nacen todos los deseos, pensamientos y actos del hombre. Aquel representa la vida animal, el otro la vida moral; el primero hace al individuo; el segundo hace la sociedad.

Pues bien, de esta faz moral de nuestra naturaleza; de ese amor a los demás, nacen *los ideales*, o maneras de manifestarse en cada uno el instinto de la especie.

Así es que no se trata de una virtud heroica y singular, accesible sólo a los hombres extraordinarios, sino de una capacidad natural a todo hombre sano de cuerpo y alma, tan esencial a nuestra vida como respirar y andar.

Yo, decía Daniel Sterne, he vivido siempre enamorado, y por eso me he sentido siempre dichoso, y siempre he sido bueno.

En efecto, el amor es la fuente más rica en felicidad y en acciones generosas.

El que verdaderamente ama, se halla siempre como embriagado, y siente un misterioso y perenne impulso de hacer a los demás partícipes de su felicidad. Pedid sin recelo al hombre que ama, y veréis que fácilmente os da, desde su dinero hasta su corazón; desde sus ideas hasta su vida!

Pues tener un ideal es, en cierta manera, como sentirse enamorado, accesible siempre al desinterés y a la dicha. Por eso el suicidio no ataca nunca a los hombres que tienen un ideal.

¿Por qué he de matarme? La vida tiene para mí un sentido y un objeto. Padecemos enfermedades, pobreza, e infortunios, como todo hombre; mas no me faltarán alegrías: cada vez que logre adelantar un paso en la realización de mi ideal, me sentiré confortado y con nuevos alientos para luchar. Así, la vida mía será como el cielo, que nunca puede hallarse siempre en las tinieblas, pues el sol le alumbrará

a cada nuevo día. Cuando el pesar me hostigue y la desolación me quebrante, soñaré con el próximo advenimiento de la dicha: tal como el pajarito que se reanima y fortalece contra los terrores de la noche, pensando en la próxima aurora.

Dijimos que los ideales, bien entendidos, son realizables, esencialmente prácticos—lo más práctico que puede existir.—El ideal no consiente fantasmas ni dilaciones: quiere que le sirvamos con actos, no con ensueños ni palabras. ¿Eres *realmente* hombre de ideales? Pues eres, más que nadie, hombre práctico, hombre de acción, hombre *que hace*. Y más intensamente lo seréis, cuanto más fuerte y constante sea la fe en vuestro ideal. Colón tenía un ideal, y le servía. ¿Quién de vosotros

Anatole France contra Benvenuto Cellini y Cía.

DON RICARDO.—Conocí un hombre que tenía en su cabeza más libros que los que usted podría abarcar con sus dos brazos, amigo.

EL JOVEN.—Puede ser, (reparando en que trae dos libros en la mano) pero entiendo que los tendría cogidos antes de metérselos en la mollera.

DON RICARDO.—Noto, amigo, que trae usted «El figón de la reina Patoja» y la «Vida de Benvenuto Cellini» escrita por él mismo.

EL JOVEN.—Sí, señor. Y quería mostrarle una cosa curiosa que me encuentro en ellos. Empezaré cronológicamente: Cellini, en su vida, dice que su padre, para fijar en él de modo imperecedero la memoria de haber visto juntos una salamandra en el fuego, le dió un gran coscorrón. Y ahora, hace pocos años, A. France, en este libro que traigo, fija la memoria, en un suceso que es escena parecida, de igual manera, la visión de una salamandra indemne entre las llamas.

DON RICARDO.—Claro. Y usted viene a decirme, «empezando cronológicamente», que A. France plagia de un libro que supone olvidado por los demás. No, amigo. Ese libro es todo una burla a las ciencias ocultas y France no hace, en el gran descubrimiento que cree usted haber hecho, otra cosa que burlarse inocentemente de las salamandras y de los que las ven. Una ironía es toda la vida de este amable pero perjudicial francés, que emplea su burla eterna desde que escoge pseudónimo, se casa viejo, y se ríe de la vida corta, gastándose ya más de los setenta.

EL JOVEN.—Hasta luego, don Ricardo.

SAMUEL ARGUEDAS

(Envío del Autor).

haría lo que él hizo? Jesús, vivió sólo para su ideal. ¿Cuántas generaciones de hombres serían necesarias para hacer como él una renovación del mundo?

¿Qué fueron todos los descubridores e inventores? ¿Qué son los que han creado las ciencias, las artes y cuanto sirve para solaz y beneficio de la vida? Hombres de ideales; hombres prácticos, hombres de acción.

Y ahora, me preguntaréis: ¿qué ideal debe escoger cada uno de nosotros?

Aquel que más despierte vuestra simpatía; aquel que, sirviéndole, os haga más felices; aquel a cuyo solo nombre se vigoricen vuestras energías; aquel que de mayor expansión a todo vuestro ser; pues, en efecto, a cada paso que avanzamos en la senda de nuestro ideal, sentimos que nuestra vida se hace más amplia y más intensa.

Uno trabajará por extender la enseñanza, otro se esforzará para que los ancianos y los mendigos tengan un asilo; éste luchará contra la ebriedad y el juego; aquél difundirá la higiene. Recoger y educar a los huérfanos; emancipar a las mujeres de la sujeción en que las tienen casi todos los hombres incultos; reivindicar para los reos el derecho al producto de su trabajo; combatir la influencia excesiva de las armas, que entre nosotros predominan sobre la inteligencia y sobre la bondad; moralizar al clero, tan apartado de su verdadera misión; depurar al comercio, tan bastardeado por el fraude, por la falsificación y por la mentira; purificar el estudio y el ejercicio de la jurisprudencia, a modo de que no continúe siendo el azote de la verdadera justicia; contener y suprimir el monopolio de la tierra, para que no acabemos hechos esclavos de unos pocos amos; apartarnos de toda tiranía, sea quienquiera el que la ejerza; abolir los infames trabajos forzados a que todavía están sometidos los indios; he aquí otros tantos ideales que solicitan adeptos, y cuya realización es necesaria para que nuestro país merezca de veras llamarse cristiano y civilizado.

Esos, y otros más son ideales dignos de consagrarles nuestra adhesión y nuestras fuerzas. Si os parecen harto difíciles, buscad los más sencillos y humildes: siempre hallaréis manera de emplear vuestra fuerza expansiva, dando a los demás hombres el sobrante de vuestras energías.

Dar, dice Guyau, es tan necesario para la salud y la dicha, como recibir. Tal vez más, añadiremos, porque sólo el que da recibe. Tan justiciera es en esto la naturaleza, que no favorece con sus dádivas más preciosas sino a los que se dan por entero y con entusiasmo generoso.

Dar, es una manera de hacerse superior, de sublimarse, de tornarse excel-

so. Porque sólo da el que es rico, sólo da el que es poderoso. Sed todos vosotros ricos y poderosos, pensando en los demás, viviendo en los demás. Temed ser egoístas, porque, sin falta, el egoísta degenera y se arruina. Hoy o mañana, el egoísta, el que sólo vive para sí mismo, se hará necio, se volverá ignorante, perderá su salud, se tornará repulsivo, débil, desdichado.

Dad; ofreced por medio de vuestros ideales: que una parte, siquiera reducida, de vuestro yo, sea para los demás, y habréis encontrado el secreto de toda ventura. Y esa ventura puede alcanzarla el más pobre, el más humilde de vosotros.

Conocí en Valparaíso a un zapatero, muy pobre, muy humilde, pero de espíritu amplio y cultivado. Ganaba, como obrero libre, lo indispensable para vivir él, su mujer y sus hijos. De tarde en tarde se daba el lujo de comprar algún libro, que estudiaba con ansia.

Pues aquel oscuro y pobre trabajador, es quizá, de cuantos hombres he tratado, el que más hondamente sentía y practicaba esta religión de vivir para un ideal.

¿Qué pensaréis que hacía? Calculando, por el valor de su trabajo diario, lo que ganaba en cada hora, destinaba el producto de una hora diaria a socorrer a los niños más pobrecitos del barrio. Un auxilio muy pequeño, sin duda, ipero qué grande, si lo consideramos como manifestación de un alma!

En verdad, aquel obrero desconocido, cuando muera, no habrá pasado por la tierra como un ser inútil: su vida no fué la de una ostra sino *la de un hombre*; no existió como un simple animal, sino como una conciencia; y si hay en el Universo una Compensación y una Justicia, su oscura y silenciosa existencia será aquilatada como una perla.

Aquí abajo, todos podemos ser así tan nobles y vosotros, los trabajadores manuales, acaso más que nadie, pues todavía no tenéis el espíritu nublado por las riquezas ni pervertido por la costumbre del poder.

Ved, pues, si escogeréis ser una ostra, un saco donde se echa comida, un maniquí al cual se adorna con abi-

garrados trajes; ved si de vosotros, mediante la instrucción, han de salir nuevos esbirros, nuevos egoístas, nuevos explotadores, nuevos opresores, nuevos parásitos, o si veremos surgir *hombres de corazón*, que inicien una *nueva vida*, orientada y ennoblecida por el culto de los ideales más elevados y benéficos.

Con todo mi anhelo deseo para voso-

tros una fervorosa decisión que os impulse por este camino. Que os sintáis como los pecesitos voladores y como las luciérnagas, capaces de desarrollar la belleza y la verdad que dormitan en vuestras almas; que aprendáis a remontaros como la alondra, y a brillar como la mariposa.

(Envío del Autor).

Rabindranath Tagore en Suecia

Tomado de la Revista *El Maestro*, México, D. F.

[En 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de mayo de este año]

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que impresionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas].

RECUERDO la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huésped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré pro-

bable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

Me acuerdo cómo mi actividad se

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	
REFRESCOS	SIROPES
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Erratas

En la página 331, donde dice POETAS ARGENTINOS, léase POETISAS URUGUAYAS.

En el artículo «EL RITMO EN LOS FENÓMENOS NATURALES» publicado en el penúltimo número, hay que corregir en la página 391, columna 3, línea 61, la palabra *precisión* y leer en su lugar *precesión*.